

Mariano Rodríguez González
es profesor de la Universidad
Complutense de Madrid.

Psicoanálisis y hermenéutica. Una reflexión

Mariano Rodríguez González

I

Leído a la luz de los descubrimientos freudianos, ¿y de qué otro modo lo íbamos a leer si no?, el tratamiento platónico del tema de los sueños que nos encontramos en *La República* 571a-572c adquiere un significado singular y absolutamente sorprendente, un significado que no tenía hasta la fecha de publicación de la obra fundadora del psicoanálisis (por cierto que en ella no se comenta este lugar de la obra platónica, sino las dos obras de Aristóteles sobre los sueños, la más conocida *Sobre los sueños y su interpretación*). De Platón se limita a citar la conocida tesis de que el hombre virtuoso es el que se limita a soñar lo que el malvado realiza en la vida de vigilia). Nos dice Platón que entre los *deseos* no necesarios hay algunos que son «contra ley», antinaturales podríamos decir, y es muy probable que surjan en todos los seres humanos, aunque será muy variable su cantidad e intensidad en unos y en otros. Esos deseos, relacionados con el sexo y la agresión (se nos citan en concreto el incesto y el asesinato: «libido» y «pulsión de muerte») estarían reprimidos «por las leyes, con la ayuda de deseos mejores y de la razón». El texto platónico prefigura por tanto los conceptos de represión y tal vez el de neurosis, desde el momento en que, naturalmente, cabe la represión fracasada.

Tales deseos inciviles harían su aparición en los sueños porque entonces duerme la parte razonable del alma, siendo por tanto más fácil que lo feroz y salvaje se abra camino cuando quedamos liberados de toda «vergüenza y sensatez». Nos presenta así claramente el texto platónico los temas de la censura y la realidad psíquica. En efecto, el ámbito de escenificación onírica es el de la «imaginación». Por lo demás, están señaladas aquí las que serán funciones del llamado Superyó, la prueba de realidad (sensatez) y la conciencia moral (vergüenza). Tampoco sería muy complicado dar con una justificación para ver en las palabras de Platón la formulación de la teoría de que el sueño es una realización de deseos.

Por último, Platón enlazaría explícitamente en el texto tratado el tema de los sueños con el de la salud psíquica, llegando a esbozar lo que sería un programa de cura psicológica que atiende a conquistar el equilibrio anímico a través de un método de esclarecimiento filosófico que tendría como objetivos satisfacer sin hartarla a la parte concupiscible del alma y amansar a la parte irascible, en orden a todo lo cual es preciso despertar a la parte racional por medio de «hermosas palabras y conceptos». Más Platón y menos Prozac, oímos hoy en todas partes. Uno de los resultados de la cura platónica será que dormiremos mucho mejor, sin ser importunados por las «nefandas visiones de los sueños». Se trata de dejar a la parte mejor del alma darse cuenta de lo que no sabe, lo cual sería desde luego su cometido natural.

Lo que le faltaría al relato que es la antropología platónica para terminar de generar sin mayores dificultades la historia freudiana, que es la historia de la bestia, o de la doma de la bestia, no es otra cosa, evidentemente, que la mediación de la ciencia moderna, y, en especial, el cuento darwinista (dicho lo de «cuento» con todos los respetos, por supuesto). De habitante del mundo de las

ideas caído en desgracia, a animal-máquina definitivamente terrestre hay una enorme distancia, aunque las polaridades y las valoraciones no dejen de expresar antítesis similares, las «de siempre», el relato occidental del animal racional, en definitiva. Natura y cultura.

2

El capítulo segundo de *La interpretación de los sueños*, dedicado precisamente al método de la interpretación onírica, nos puede servir para verificar textualmente la idea de Habermas y de Ricoeur de que el método psicoanalítico procede en términos hermenéuticos, o que la criatura freudiana se inscribe en el «campo hermenéutico», entendiendo por *hermenéutica* no otra cosa, en principio, que la teoría general de las reglas que presiden la interpretación de un texto. Porque es necesario recordar aquí que el sueño es la «vía regia al Inconsciente», o sea, el texto del sueño sería el modelo de todo lenguaje privatizado, sustraído al Yo y por eso excluido de la comunicación pública. Y Freud se propone demostrar en este capítulo que los sueños son interpretables, o, tal vez sería mejor decir, se propone mostrarnos que no es descabellado sentar de antemano que los sueños son interpretables, que las cosas van a ir encajando con la asunción a priori de que todos los sueños tienen un sentido, por muchas apariencias en contra que sin duda haya. Como ese sentido es un sentido oculto, como el sueño está diciendo otra cosa distinta de la que manifiestamente dice, y el psicoanálisis es como sabemos un arte de la sospecha, interpretarlo equivale a sustituir un texto que nos resulta ajeno e incoherente por otro que se deja insertar en «la concatenación de nuestras acciones psíquicas como un miembro de igual valor e importancia que los demás» (p. 99). Y en esto el fundador del psicoanálisis chocará frontalmente con los médicos y filósofos científicistas de su época, para los que la interpretación onírica era una empresa absurda por imaginaria. Pero tampoco se pondrá del lado de la superstición popular al afirmar que «es posible un procedimiento *científico* de interpretación onírica» (p. 103, la cursiva es mía). Para decirlo en los términos habermasianos, la freudiana sería una hermenéutica *profunda*, tomando aquí el calificativo simplemente en el sentido de que semejante arte de la interpretación desborda los límites de la competencia natural de un hablante nativo. Se requiere una técnica que es la del especialista, la del experto en la autoobservación sin crítica de la que brotaría la asociación libre. Otra cosa es que la interpretación científica de los sueños deba aspirar al tipo de científicidad de las ciencias naturales en el sentido del positivismo y del ideal de la ciencia unificada. Eso no lo vemos por ninguna parte, y me parece que cualquiera que lea con detenimiento la interpretación del célebre *sueño de la inyección de Irma*, que Freud ofrece como prueba e ilustración de su tesis de que todos los sueños tienen un sentido, no podrá por menos que pensar en la denuncia hermenéutica de la autocomprensión científicista de Freud como una denuncia hasta cierto punto justificada, en la medida en que el método psicoanalítico se obstina en entenderse en la obra de su creador como una simple variante del hipotético-deductivo.

El sueño de sentido oculto es un producto enajenado de su autor. Asisto a su desarrollo como a una película vanguardista de arte y ensayo que no reconozco desde luego como obra mía, pero no sólo eso sino que no la reconozco siquiera como obra humana, en el sentido de que para nosotros carece de todo sentido comunicable, o bien podríamos decir que es humana en la medida en que lo absurdo es una categoría de lo humano. Lo que Freud soñó en la noche del 23 al 24 de julio de 1895, el sueño de la inyección de Irma, es uno de estos productos psíquicos enajenados de su productor, la expresión de una pérdida o suspensión de la identidad personal, que por eso mismo está destinado a quedar al margen de la comunicación pública. Lo cual no quiere decir, desde luego, que

los personajes del argumento soñado no tengan que ver con personajes reales conocidos del que sueña, de la misma manera que, como desde muy antiguo se ha sabido reconocer, todo sueño tiene relación con sucesos de los días anteriores al soñarlo. Pero, como nos advierte el propio Freud, nadie (ni tampoco él) que haya leído el informe preliminar y el contenido manifiesto del sueño puede sospechar en absoluto lo que éste significa. Para averiguar su sentido es necesario una compleja labor de análisis, la del especialista.

No vamos a entrar en el análisis de los núcleos significativos del sueño porque eso no tiene especial importancia ahora para nosotros. Baste decir que esos núcleos nos acaban conduciendo todos a ocasiones en las que Freud, el que sueña, hubiera podido reprocharse una escasa conciencia médica. Casi todo tiene aquí doble sentido, nos hallamos en el terreno que Ricoeur denomina *simbólico*, y el sentido segundo al que se apunta pero que también se disfraza por medio del sentido primero se relaciona en todo caso con ideas de culpabilidad y de venganza. (También se roza lo sexual, pero en ese momento Freud se detiene porque dice no sentirse inclinado a profundizar en ello, retando a quien le reproche su falta de sinceridad a ser más sincero que él en estas cuestiones).

El resultado final de la interpretación del sueño de la inyección de Irma, final pero no definitivo, queda resumido en las siguientes palabras: «He percibido una intención que se realiza a través del sueño y que tiene que haber sido el motivo del soñar. El sueño cumple algunos deseos suscitados en mí por los acontecimientos del último atardecer (la noticia de Otto, la escritura del historial clínico). El resultado del sueño es que no soy culpable de las dolencias que aún tiene Irma, y que el culpable de ello es Otto. Pues éste me irritó por su observación sobre la curación completa de Irma y el sueño me venga al volver contra él mismo el reproche (...). El sueño expone una situación tal como yo desearía; *su contenido es, pues, el cumplimiento de un deseo, su motivo un deseo*» (pp. 122-123). Como vemos, Freud no tiene cuidado en distinguir el concepto de razón o motivo del de causa. Mi intención de absolverme de toda culpa por el preocupante estado de Irma desencadena causalmente el sueño de la inyección de Irma, que es la realización psíquica del contenido del deseo de no ser culpable de la situación de Irma y de que el culpable lo sea Otto (con lo que además me vengo de él porque de él partió la observación que me hirió y que se relaciona causalmente con la aparición de la intención que da origen al sueño). Es la realidad psíquica el terreno propio del psicoanálisis, y en ella, para Freud, las razones son causas y las causas razones. Habría otras razones que dispararon el sueño de la inyección de Irma, Freud nos enumera hasta nueve, pero todas ellas se subordinan al deseo de no ser responsable de su enfermedad, y a la creencia de que el verdadero responsable es el torpe Otto.

Así que Freud concluye triunfante que el sueño no es el resultado de una actividad cerebral desmigajada e irrelevante, como pretendían entonces los médicos, sino un acto psíquico con un sentido propio. Y está claro que no deberá extrañarnos el que al propio soñador le debamos reconocer una autoridad de excepción a la hora de validar la interpretación que el analista hace de su sueño. Porque si esa interpretación es la buena, le devolverá lo que aparecía enajenado, recuperará un texto del que era autor desde el principio pero que se había sustraído a su control consciente; saldrá ganando su identidad con la operación, si podemos decirlo así, más regiones de *ello* se habrán hecho *yo*. Como lo pone Habermas, si el paciente es capaz de proseguir su auto-reflexión haciendo suya la interpretación propuesta, entonces la interpretación es correcta.

Así que Freud concluye triunfante que el sueño no es el resultado de una actividad cerebral desmigajada e irrelevante, como pretendían entonces los médicos, sino un acto psíquico con un sentido propio. Y está claro que no deberá extrañarnos el que al propio soñador le debamos reconocer una autoridad de excepción a la hora de validar la interpretación que el analista hace de su sueño. Porque si esa interpretación es la buena, le devolverá lo que aparecía enajenado, recuperará un texto del que era autor desde el principio pero que se había sustraído a su control consciente; saldrá ganando su identidad con la operación, si podemos decirlo así, más regiones de *ello* se habrán hecho *yo*. Como lo pone Habermas, si el paciente es capaz de proseguir su auto-reflexión haciendo suya la interpretación propuesta, entonces la interpretación es correcta.

Peter Fischli y David Weiss
Cuatro mujeres, 1989



3

Con la lectura de la interpretación que publicara Freud en 1911 del caso Schreber buscamos poner a prueba dos tesis fundamentales de Ricoeur en relación con el psicoanálisis: primero, que el Inconsciente es relativo al método hermenéutico; segundo, que el discurso freudiano es un mixto energético-hermenéutico, y por tanto el psicoanálisis no es una hermenéutica pura, sino que combina explicaciones narrativas con explicaciones causales, estando tal combinación fundamentada «en la cosa misma».

Se parte de la base de que los delirios tienen sentido, de que es posible encontrar un método en la locura. Para ello debemos empezar por tomarnos en serio su retorcido argumento. En el caso de paranoia que el mismo Schreber nos describió autobiográficamente (*Memorias de un enfermo nervioso*, de 1903), caemos en la cuenta para empezar de que son dos los núcleos temáticos constituyentes del relato delirante: por un lado el sujeto «se considera llamado a redimir al mundo y devolverle la bienaventuranza perdida»; por otro está convencido de que sólo conseguirá este su objetivo después de ser cambiado de hombre en mujer. Pues bien, el historial clínico deberá establecer ante todo cuál sería el vínculo genético entre los dos nudos argumentales, es decir, Freud tiene que comenzar escribiendo la historia del delirio o, mejor dicho, haciendo del delirio una historia relativamente coherente, en el sentido de que sea posible el tránsito entre sus distintos episodios, historia en la que la actitud femenina de Schreber ante Dios constituiría el punto de enlace entre la mudanza en mujer y la salvación del mundo. Hay que poner en forma el disparate, en forma narrativa, «pues de lo contrario caeríamos, en nuestras elucidaciones sobre el delirio de Schreber, en el ridículo papel que Kant describe en el famoso símil de la *Crítica de la razón pura*: el hombre que sostiene abajo el cedazo mientras el otro ordeña el macho cabrío» (p. 33).

A continuación vienen los ensayos de interpretación, en cuyo curso irá emergiendo ante nuestra mirada el Inconsciente de Schreber (sin la tarea hermenéutica aplicada al caso particular carecería de sentido hablar del sistema de los estados mentales inconscientes del sujeto). Freud parte, como no puede ser de otra forma, tanto de los contenidos de la formación delirante como de las circunstancias biográficas en que se generaron, y su meta es el descubrimiento de las pulsiones que están o han estado aquí manos a la obra. Pero ir a la busca de las fuerzas pulsionales de la vida anímica es exactamente lo mismo que ensayar la traducción del modo de expresión paranoico al modo de expresión normal (siguiendo aquí como en todas partes el modelo del sueño). Las *mociones pulsionales* (brillante traducción argentina) que causaron el delirio se estaban asimismo expresando en el delirio a medida que éste iba tomando forma lingüística.

El primer médico de Schreber, el profesor Flechsig, era el que supuestamente organizaba todas las persecuciones, y, si al principio Dios estaba de parte del pobre Schreber, más tarde se convirtió en un colaborador de Flechsig. Pero del estudio de múltiples casos de delirio persecutorio se puede establecer que la persona a la que se atribuye un poder y un influjo tan grandes en el complot es la misma que antes de la enfermedad tenía una gran importancia sentimental para el paciente. El sentimiento se cambia en su contrario, la persona ahora odiada y temida como perseguidora es alguien que alguna vez fue amado y venerado. La persecución que se desarrolla en el delirio sirve más que nada para justificar esa transformación del sentimiento. Nos daremos cuenta al final de que Freud está apelando a una regularidad poco menos que mecánica que dirige los destinos del paranoico, sobre la base de observaciones públicas de muchos casos.

Antes de caer en su psicosis, Schreber es asaltado por una fantasía femenina («era hermosísimo ser una mujer sometida al acoplamiento», en argentino), que se iría imponiendo más y más. El enfermo llegó a temer que su médico abusara sexualmente de él. «Un avance de libido homosexual fue

entonces el ocasionamiento de esta afección; es probable que desde el comienzo mismo su objeto fuera el médico Flechsig, y la revuelta contra esta moción libidinosa produjese el conflicto del cual se engendraron los fenómenos patológicos» (4). Nos las habemos aquí con un lenguaje de fuerzas, puramente naturalista. El empuje del mecanismo que es la «moción homosexual» causa un conflicto con el otro mecanismo, el de la censura, y ese conflicto genera el delirio paranoico del pobre Schreber.

Pero, ¿quién era en realidad el profesor Flechsig para nuestro enfermo? Evidentemente, y Freud aduce una serie de «pruebas» en cuya consideración crítica no vamos a entrar, no era el profesor Flechsig. Era en realidad el sustituto de alguien mucho más próximo a Schreber, la pareja *su padre/su hermano*. Freud rastrea los detalles de la vida familiar temprana de nuestro hombre. La justificación de esta sustitución queda muy clara cuando leemos: «Para que la introducción del padre en el delirio de Schreber nos parezca justificada, es preciso que sea útil a nuestro entendimiento y nos ayude a esclarecer unas singularidades del delirio que no atinamos a reducir a concepto» (47-48). Es la inteligibilidad de la historia, o, mejor dicho, el servicio que la sustitución le hace a la tarea de la traducción, lo que exige de nosotros que veamos al padre/hermano donde antes situábamos al doctor Flechsig.

Porque la pintoresca relación de Schreber con Dios en su delirio (agresividad/veneración) es la misma del niño-joven Schreber con su padre, famoso médico sajón interesado en la salud corporal y espiritual de los adolescentes (en tiempos de Freud todavía había numerosas Sociedades Schreber). Todo nos lleva a un conflicto infantil con el Padre amado (y el sol es Dios, es el padre: «Por una de mis pacientes, que había perdido a su padre muy temprano y buscaba reencontrarlo en todo lo grande y sublime de la naturaleza, he considerado probable que el himno de Nietzsche *Antes de la salida del sol* [Zarathustra, parte 3ª] expresara esa misma añoranza», p. 51).

Freud es perfectamente consciente de lo que ha realizado con esta interpretación: ha «entramado» (para seguir con el argentino) una fantasía de deseo con una *frustración* real y objetiva. El mismo Schreber nos confiesa que su matrimonio no le dio los hijos que tanto ansiaba, hijos en los que hubiera podido volcar el intenso amor hacia el padre y el hermano muertos. Ésta es la historia verdadera de Schreber, verdadera en el sentido de que era ella y no otra la que se expresaba ocultándose en los vericuetos del delirio. Semántica del deseo, por tanto, como fórmula perfectamente adecuada a lo que Freud hace.

Queremos terminar reiterando que es incontestable que el psicoanálisis freudiano contiene numerosas declaraciones en forma de ley causal, extraídas de la experiencia clínica, como tanto Ricoeur cuanto Grünbaum no se cansan de señalar, aunque en sentidos totalmente diferentes (el mismo Grünbaum pone una y otra vez el ejemplo al que nos vamos a referir ahora). Y es que habría un mecanismo paranoico, que Freud define con una subordinada final pero que igual se podría leer como una relación causal atestiguada por múltiples experiencias: «Diríamos que el carácter paranoico reside en que para defenderse de una fantasía de deseo homosexual se reacciona, precisamente, con un delirio de persecución de esa clase. Tanto más sustantivo es que la experiencia nos alerta para atribuir a la fantasía de deseo homosexual, justamente, un vínculo más íntimo, quizás constante, con la forma de la enfermedad» (p. 55). El carácter híbrido de las proposiciones analíticas se pondría aquí sin duda de manifiesto en la doble posibilidad señalada: la relación entre la homosexualidad reprimida y la paranoia es causal y mecánica, pero también hay que decir que el delirio paranoico se genera con el fin de defenderse de la homosexualidad que no se acepta, con lo cual entramos de lleno en el ámbito del sentido.

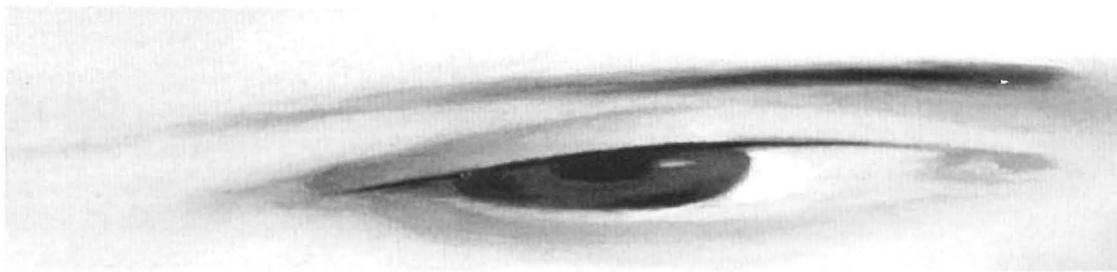
En principio, si la «consideración psicoanalítica hace derivar universalmente de la represión los fenómenos patológicos» (p. 62), habremos de concluir en la necesidad de que semejante hipó-

El psicoanálisis freudiano contiene numerosas declaraciones en forma de ley causal.

tesis sea puesta a prueba, como cualquier otra, en la esfera de los *hechos clínicos*. Pero la dificultad de especificar lo que deba ser tomado por «hecho» en este ámbito se nos presenta inmediatamente en cuanto recordamos que, según la teoría psicoanalítica, «represión» consiste en un «desasimiento de la libido de personas y cosas antes amadas», un proceso que se cumple mudo: no recibimos noticia alguna de él, sino que nos vemos obligados a inferirlo de los procesos subsiguientes. Con lo que se haría necesario distinguir la represión lograda de la fallida, siendo sólo ésta última la de verdad patógena. No son las cosas tan simples como Grünbaum nos las quiere hacer ver, por tanto, y no tenemos más remedio que acudir a los cuatro criterios para la determinación del hecho psicoanalítico que nos ofreciera Ricoeur (decibilidad, comunicabilidad, posibilidad de ser fijado en el campo de la realidad psíquica, narrabilidad).

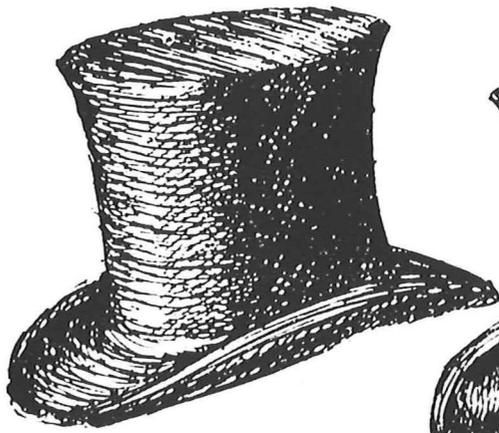
Además, los intrincados mecanismos de la metapsicología freudiana pueden ser contemplados como matrices narrativas para generar historias particulares. Por ejemplo, el que funciona en la paranoia: la libido homosexual liberada se vuelca al Yo, magnificándolo, con lo que se volverá a alcanzar el estado del narcisismo (una verdadera regresión la que es característica de la paranoia, el Yo como único objeto sexual). Cuando Freud advierte que todo esto no son más que constructos que se postulan para poder orientarnos en la maraña de los procesos anímicos, constructos en todo caso provisionales y revisables, podría parecer, sin embargo, que se está inclinando otra vez del lado de la mencionada autocomprensión científicista que le reprochan los hermeneutas. Pero puede tratarse tan sólo de una impresión...

Encontramos en este texto, por último, huellas inequívocas de que Freud era consciente de estar llevando a cabo una *arqueología del sujeto*, como sentenció Ricoeur. En el sueño y en la neurosis lo que encontramos es al niño, con sus modos de pensar y su vida afectiva infantiles. Para decirlo de otro modo, lo que encontramos es el hombre primitivo o salvaje que todavía somos, y tal y como se nos muestra a la luz de la arqueología y de la etnología (p. 76).

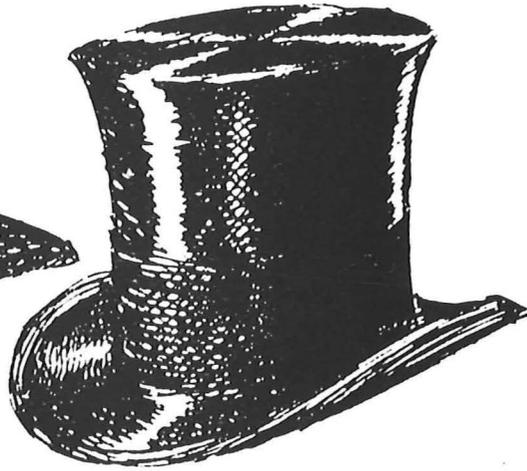




JEROGLÍFICO:
¿Dónde estabas en octubre?



a



a